

nuestra querida Úrsula de alguna nueva *goupi-leria*?

—¡Oh! sí; ¡lo juro! dijo Minoret.

—¡Alto ahí, papá Minoret! dijo el juez de paz sacándose una mano del bolsillo del pantalón para colocarla sobre el hombro de Minoret, que no pudo menos de temblar. No sea usted tan ligero para hacer un juramento falso.

—¡Un juramento falso!

—Sí; porque su hijo de usted acaba de jurarme en Fontainebleau, en presencia de cuatro personas y del procurador del rey, que nunca había pensado en su prima Úrsula Mirouet. ¿Tiene usted alguna otra razón que no sea esa para ofrecerle tan enorme capital? He visto que hacía usted confesiones muy aventuradas, y he ido en persona á Fontainebleau.

Minoret quedó asombrado de su propia estupidez.

—Pero, señor Bongrand, ¿qué mal hay en ofrecer á una parienta una cantidad que ha de facilitar un matrimonio del que depende su dicha, y en buscar pretextos para vencer su modestia?

Minoret, aguijoneado por el peligro, encontró esta excusa casi admisible, y, después de darla, se enjugó la frente, por la cual corrían gruesas gotas de sudor.

—Usted conoce los motivos que tengo para no aceptar su donación, y le ruego que no vuelva más por aquí, le respondió Úrsula. Sin que yo conozca la causa, sé que el señor Portenduere siente por usted un desprecio y un odio que me impiden recibirle. Aunque me avergüence de

ello, he de confesarle que mi amor constituye mi única dicha, y no quiero comprometerlo, toda vez que el señor de Portenduere espera mi mayor edad para casarse conmigo.

—Qué engañoso es el proverbio que dice: «¡Poderoso caballero es don Dinero!» dijo el grande y grueso Minoret mirando al juez de paz, cuyos ojos observadores le molestaban mucho.

Y dicho esto, el dueño de la posta se levantó y salió; pero la atmósfera de fuera le pareció tan pesada como la de la sala, y se dijo, al mismo tiempo que se encaminaba á su casa:

—Esto tiene que acabar de una vez.

—¿Me da usted su inscripción, hija mía? dijo á Úrsula el juez de paz, asombrado de la tranquilidad de la joven después de tan extraño acontecimiento.

Al entregarle su inscripción y la de la Bougival, Úrsula encontró al juez de paz midiendo á grandes pasos la sala.

—¿No sospecha usted nada acerca del objeto que pueda tener ese estúpido de Minoret para hacerle esa proposición?

—Nada absolutamente, le respondió la joven.

El señor Bongrand la miró con aire sorprendido.

—Entonces estamos iguales, le respondió. Mire usted, conserve los números de estas dos inscripciones, por si acaso se perdiesen. Debe tomarse siempre esta precaución, añadió el señor Bongrand al mismo tiempo que escribía en una tarjeta el número de la inscripción de Úrsula y el de la nodriza. Adiós, hija mía; estaré

dos días ausente, pero llegaré aquí el tercer día para la hora de la audiencia.

Aquella misma noche, Úrsula tuvo otra extraña aparición. Le pareció que su cama estaba en el cementerio de Nemours y que la fosa de su padrino estaba debajo de aquella. La piedra blanca, donde Úrsula leyó la inscripción tumular, la causó un violento deslumbramiento, ábriéndose como la cubierta oblonga de un álbum. La joven lanzó penetrantes gritos; pero el espectro del doctor se irguió lentamente, y Úrsula vió primero su cabeza amarilla y su cabellos blancos que brillaban rodeados por una especie de aureola. Bajo su desnuda frente, los ojos del muerto parecían dos rayos, y se levantaba como atraído por una fuerza superior. Úrsula temblaba horriblemente dentro de su envoltura corporal. Su carne le parecía un vestido de fuego, y, según confesó ella más tarde, otro ser parecía moverse en su interior.

—¡Perdón, padrino mío, perdón! exclamó la joven.

—¿Perdón? ya no es tiempo, dijo el anciano con voz de ultratumba, según manifestó la pobre joven al contar este nuevo sueño al cura Chaperon. *Él* ha sido advertido, y no ha hecho caso de los avisos. Los días de su hijo están contados. Si antes de poco no lo ha confesado y restituído todo, llorará á su hijo, que va á morir de una muerte horrible y violenta. ¡Que lo sepa!

El espectro mostró una hilera de cifras que brillaban en la pared como si hubiesen sido escritas con fuego, y dijo:

—¡He ahí su sentencia!

Cuando su tío reposó de nuevo en su tumba, Úrsula oyó el ruido de la piedra que caía, y allá en lontananza un rumor extraño de caballos y los gritos de un hombre.

Este sueño había impresionado de tal modo á Úrsula, que la joven no tuvo fuerza para levantarse de la cama, y rogó á la Bougival que fuese inmediatamente á buscar al abate Chaperon á su casa.

El buen sacerdote se presentó después de haber dicho la misa; pero no le sorprendió el relato de Úrsula, porque tenía el robo por cierto, y, por otra parte, ni siquiera intentaba explicarse la vida anormal de su *pequeña visionaria*. El sacerdote, después de haber oído á Úrsula, corrió á casa de Minoret.

—¡Dios mío! señor cura, dijo Celia al sacerdote, el carácter de mi marido se ha agriado y no sé lo que le pasa. Hasta ahora era un niño, pero hace dos meses que está desconocido. Mire usted si estará cambiado, cuando se ha atrevido á pegarme, á mí, que soy para él tan cariñosa. Lo encontrará usted en las rocas, donde pasa ahora su vida, sin que yo pueda adivinar lo que le lleva allí.

A pesar del calor, pues corría á la sazón el mes de septiembre de 1836, el sacerdote pasó el canal y tomó un sendero que lo condujo á la parte vieja de una de las rocas donde se encontraba Minoret.

—Señor Minoret, usted sufre, y, por lo tanto, me pertenece, dijo el sacerdote presentándose al culpable. Desgraciadamente, vengo sin duda á

augmentar sus aprensiones. Úrsula ha tenido esta noche un terrible sueño. Su tío ha levantado la piedra de su tumba para profetizar una desgracia á la familia de usted. No crea que vengo á infundirle miedo, pues usted debe saber si lo que él ha dicho...

—Cómo, señor cura, ¿no he de poder estar tranquilo ni siquiera en estas rocas? Le advierto á usted que no quiero saber nada de lo que pasa en el otro mundo.

—Está bien, ya me retiraré, señor mío, no crea usted que he hecho esta caminata por mi gusto, dijo el cura enjugándose la frente.

—Bueno, ¿qué hay? preguntó Minoret.

—Está usted amenazado de perder á su hijo. Si su tío ha contado cosas que usted sólo sabrá, debemos temblar por las que todo el mundo ignora. ¡Restituya usted, hijo mío, restituya, no se condene por un poco de oro!

—Pero ¿qué quiere usted que restituya?

—La fortuna que el doctor destinaba á Úrsula. Ahora tengo la seguridad de que usted se apoderó de aquellas tres inscripciones. Empezó usted por perseguir á la pobre jóven, y acabó por ofrecerle una fortuna; á cada paso cae usted en una mentira, se enreda en sus propias tramas y da pasos en falso á cada instante. Es usted poco hábil, y ha sido vendido por su cómplice Goupil, que se ríe en este momento de usted. Dese usted prisa, restituya, y si no salva á su hijo, que acaso no esté amenazado, salvará usted al menos su propia alma y su honor. ¿Cree usted que se puede ocultar una fortuna mal adquirida en una sociedad constituída como

la nuestra, y en un pueblecito donde todos los ojos están fijos en usted y donde las cosas se adivinan cuando no se saben?

—¡Vaya usted al diablo! exclamó Minoret; no sé lo que tienen todos conmigo. Prefiero estas rocas, á ustedes, porque estas rocas, al menos, me dejan en paz.

—Adiós, señor mío; ya ha sido usted advertido por mí, sin que la pobre niña ni yo hayamos dicho una palabra á nadie; pero ande usted con tiento, porque existe un hombre que no le quita la vista de encima. ¡Que Dios se apiade de usted!

El cura se alejó, y cuando estuvo á algunos pasos de distancia se volvió para mirar á Minoret, el cual tenía la cabeza entre las manos. El pobre hombre estaba algo loco, y después de haber guardado las inscripciones por espacio de algunos meses, no se atrevió á cobrarlas en persona, tampoco quería venderlas y buscaba un medio de transferirlas. En esta horrible situación pensó, no obstante, confesárselo todo á su mujer, á fin de que ésta le aconsejase. Celia, que había sabido gobernar tan bien su casa, sabría seguramente sacarle del atolladero. Las rentas al tres por ciento estaban á la sazón á ochenta francos, y con los intereses atrasados, se trataba nada menos que de devolver un millón. ¿Devolver un millón sin que haya contra nosotros prueba alguna de que lo hemos robado? Ya se ve que el asunto no dejaba de ser importante; así es que Minoret fué presa de sus remordimientos y de sus irresoluciones durante el mes de septiembre y parte del de octubre. Con

gran asombro de la villa, el coloso adelgazaba.

Una triste circunstancia apresuró la confidencia que Minoret quería hacer á Celia: la espada de Damocles se movió sobre sus cabezas. A mediados de octubre, los señores Minoret recibieron de Desiderio la siguiente carta:

«Mi querida madre: Si no he ido á verles desde las vacaciones, fué, en primer lugar, porque tuve que sustituir al señor procurador del rey durante su ausencia, y, además, porque sabía que el señor de Portenduere esperaba que yo fuese á Nemours para armarme camorra. Cansado sin duda de ver aplazada continuamente la venganza que quería tomar de nuestra familia, el vizconde vino á Fontainebleau trayendo consigo á un amigo suyo de Paris, después de haberse asegurado del concurso del vizconde de Soulanges, jefe del escuadrón de húsares que tenemos aquí de guarnición. El vizconde de Portenduere se presentó muy cortésmente en mi casa, acompañado de estos dos señores, y me dijo que mi padre era indudablemente el autor de las infames persecuciones ejercidas contra Úrsula Mirouet, su futura; me lo probó explicándome las confesiones de Goupil ante testigos, y la conducta de mi padre, que, habiéndose negado al principio á cumplir las promesas hechas á Goupil para pagarle sus pérfidas invenciones, y después de haberle dado la cantidad necesaria para comprar el cargo de alguacil de Nemours, acabó, por miedo, por establecer á Goupil, saliendo fiador de él en la compra de la notaría de Dionis.

»Como el vizconde no puede batirse con un

hombre de sesenta y siete años, y como desea á toda costa vengar las injurias hechas á Úrsula, me pidió formalmente una reparación. Tomada y meditada en el silencio, su resolución era irrevocable. Si yo me negase á admitir el duelo, el señor de Portenduere había resuelto buscarme en un salón, en presencia de personas cuya consideración estimo en mucho, é insultarme de una manera que no me quedase más remedio que batirme ó dar por terminada mi carrera. Un cobarde es unánimemente rechazado en Francia. Por otra parte, los motivos para exigir una reparación serían explicados por hombres de honor. Según sus testigos, lo más conveniente sería preparar un encuentro, como acostumbran á hacer las gentes de honor, á fin de que Úrsula no figurase para nada en el duelo. Finalmente, para evitar todo escándalo en Francia, nos trasladaríamos con los testigos á la frontera más próxima. Esta era la mejor manera de arreglarlo todo. Su nombre, según él, vale diez veces más que mi fortuna, y su dicha futura le hacía arriesgar más de lo que yo arriesgase en este combate, que habría de ser á muerte. Me intimó á nombrar padrinos para que decidiesen estas cuestiones, y nombrados éstos, se reunieron ayer con los suyos y decidieron por unanimidad que yo le debía una reparación. Dentro de ocho días partiré, pues, para Génova con dos amigos míos. El señor de Portenduere lleva como padrinos á los señores Soulanges y Trailles. Nos batiremos á pistola en las siguientes condiciones: dispararemos tres veces cada uno, y después, ocurra lo que ocurra, el duelo se dará

por terminado. Para no propalar un asunto tan sucio, pues yo me encuentro en la imposibilidad de justificar la conducta de mi padre, le escribo á usted en el último momento. No quiero ir á verles, á fin de evitar las violencias á que ustedes pudieran entregarse y que hablan de ser indudablemente inconvenientes. Para frecuentar el mundo, debo sujetarme á sus leyes, y allí donde el hijo de un vizconde tiene diez razones para batirse, debe tener cien el hijo del dueño de una posta. Pasaré de noche por Nemours y de paso me despediré de ustedes.”

La lectura de esta carta originó entre Celia y Minoret una escena que terminó por la confesión del robo y de todas las circunstancias que iban unidas á él, incluso los sueños á que había dado lugar. El millón fascinó á Celia como había fascinado á Minoret.

—No te muevas de aquí, dijo Celia á su marido sin hacerle la menor reconvención; yo me encargo de todo. Guardemos el dinero y Desiderio no se batirá.

La señora Minoret se puso el chal y el sombrero, corrió con la carta de su hijo á casa de Úrsula, y como eran próximamente las doce del día, encontró sola á la huérfana. A pesar de su aplomo, Celia Minoret quedó sorprendida ante la fría mirada que la huérfana le dirigió; pero se reprochó su cobardía y, tomando un aire desenvuelto, dijo tendiendo á Úrsula la carta del sustituto:

—Tenga usted, señorita Mirouet, hágame el favor de leer esa carta y dígame lo que le parece.

Úrsula experimentó mil contrarios sentimientos al leer aquella carta, que le probó lo muy amada que era y el gran cuidado que Sabiniano tenía del honor de la que consideraba ya como su mujer; pero la huérfana era demasiado religiosa y caritativa para ser la causa de la muerte ó de los sufrimientos de su más cruel enemigo.

—Señora, puede usted estar tranquila: yo le prometo impedir ese duelo; pero le ruego me deje esta carta.

—Vamos á ver, ángel mío, ¿no podríamos arreglarlo mejor? Escúcheme bien. Hemos reunido cuarenta y ocho mil francos de renta en torno de Rouvre, y además podemos dar á Desiderio veinticuatro mil francos de renta, lo cual forma un total de setenta y dos mil francos anuales. Convendrá usted conmigo en que no hay muchos partidos que puedan luchar con él. Usted es una ambiciosilla y hace usted bien, dijo Celia al ver el gesto negativo que hizo Úrsula. Vengo á pedirle su mano para Desiderio, y así llevará usted el nombre de su padrino, lo cual será honrarlo. Como ha podido usted ver, Desiderio es un buen muchacho, muy bien visto en Fontainebleau, y que será en breve procurador del rey. Usted es una zalamera y logrará que lo trasladen á París, y una vez en la capital, les buscaremos un hermoso palacio donde usted brillará y desempeñará su papel; pues, con setenta y dos mil francos de renta y el sueldo de un buen cargo, usted y Desiderio frecuentarán la alta sociedad. Consulte á sus amigos, y ya verá lo que le dicen.

—Señora, no necesito consultar más que á mi corazón.

—¡Ta, ta, ta, ta! ¿Va usted á hablarme ahora de ese presumido de Sabiniano? ¡Pardiez! ¡caro va usted á pagar su nombre, su bigote retorcido y su cabello negro! ¡Vaya un partido! Ya está usted fresca si se conforma con siete mil francos de renta y un hombre que en dos años adquirirá en París más de cien mil francos de deudas. Hija mía, usted no sabe aún que todos los hombres se parecen, y, sin que esto sea alabarme, puedo decir que mi hijo Desiderio vale tanto como un rey.

—Señora, ¿olvida usted el peligro que corre su hijo en este momento. y que sólo puede evitarse gracias al deseo que el señor de Portenduere tiene de agradarme? Si él supiese que me hace usted proposiciones deshonorosas, el peligro sería irremediable. Sepa usted, señora, que yo seré más feliz con la mediana fortuna á que usted alude, que con la opulencia con que intenta deslumbrarme. Por razones desconocidas aún, pero que ya se sabrán, el señor Minoret, persiguiéndome odiosamente, hizo público el afecto que me une al señor de Portenduere, afecto que ya puede confesarse toda vez que su madre está decidida á bendecirlo; debo, pues, decirle que este afecto permitido y legítimo constituye toda mi vida, y que ningún porvenir, por brillante y elevado que fuese, podría hacerme cambiar. Amo sin rodeos y sin cambio posible, y sería un crimen que yo me casase con un hombre, perteneciendo mi alma por completo á Sabiniano. Y ahora, señora, ya que me obliga á

ello, le diré más: aunque yo no amase al señor de Portenduere, nunca consentiría en unir mi existencia á la de su señor hijo. Si Sabiniano ha contraído deudas, usted ha pagado más de una vez las de Desiderio. Mi carácter y el de su hijo no tienen esas semejanzas y esas diferencias que permiten á dos jóvenes vivir juntos sin amargura. Sin duda no tendría con él la tolerancia que las mujeres deben á su esposo, y no tardaría en ser para él una pesada carga. Cese de pensar en una alianza de la cual soy indigna y á la que puedo negarme sin causarle la menor pena, toda vez que, con semejantes ventajas, no dejará usted de encontrar jóvenes más hermosas que yo, de condición superior á la mía y más ricas.

—Hija mía, le dijo Celia, ¿me jura usted impedir el duelo?

—Preveo que eso va á ser uno de los mayores sacrificios para el señor de Portenduere; pero no quiero que mi corona de casada sea tomada por manos ensangrentadas.

—Está bien, prima mía, le doy las gracias y le deseo que sea muy feliz.

—Y yo, señora, dijo Úrsula, le deseo que logre usted realizar los proyectos que tiene respecto á su hijo.

Esta respuesta conmovió á la madre del sustituto, la cual no pudo menos de recordar las predicciones del último sueño de Úrsula. Celia permaneció de pie, con sus ojitos fijos en la cara de Úrsula, tan pura y tan bella. La joven, por su parte, se había levantado para despedir á su prima.

—¿Cree usted en los sueños? le preguntó de pronto Celia.

—Me hacen sufrir demasiado para que no crea en ellos.

—Pero entonces... dijo la dueña de la posta.

—Adiós, señora, dijo Úrsula saludando á la señora Minoret al oír los pasos del cura.

No quedó poco sorprendido el abate Chaperon de encontrar á la señora Minoret en casa de Úrsula. La inquietud, pintada en el enjuto rostro de la antigua dueña de la posta, movió al sacerdote á observar sucesivamente á las dos mujeres.

—¿Cree usted en los aparecidos? preguntó Celia al cura.

—¿Cree usted en las rentas? le preguntó el sacerdote sonriéndose.

—¡Valientes farsantes están hechos toda esta gente! pensó Celia. Quieren embaucarnos. Ese anciano cura, ese viejo juez de paz y ese pillastre de Sabiniano se entienden. Lo mismo creo yo en los sueños que en que ahora es de noche.

Dicho esto, y después de dos secas y cortas reverencias, Celia partió.

—Ahora ya sé á qué ha ido Sabiniano á Fontainebleau, dijo Úrsula al cura Chaperon poniéndole al corriente del duelo y rogándole que emplease su influencia para impedirlo.

—Y ¿le ha ofrecido á usted la mano de su hijo? dijo el anciano sacerdote.

—Sí.

—¡Ah! pues entonces, es casi seguro que Minoret ha confesado su crimen á su mujer, añadió el cura.

El juez de paz, que llegó un instante después,

tuvo noticia de la oferta y del paso que acababa de dar Celia, cuyo odio contra Úrsula conocía, y miró al cura como para decirle:

—Salgamos, quiero hablarle de Úrsula sin que ella nos oiga.

—Sabiniano sabrá que ha rehusado usted ochenta mil francos de renta y al gallo de Nemours, le dijo el juez de paz á Úrsula.

—Y ¿qué vale eso? le respondió Úrsula. Cuando se ama de veras, no hay verdaderos sacrificios. Por otra parte, ¿qué mérito tiene el que yo rehuse el hijo de un hombre á quien todos despreciamos? Si otras quieren creer que es virtud lo que sólo es repugnancia, no pasará lo mismo con una joven educada por Jordy, por el cura Chaperon y por nuestro querido doctor, dijo Úrsula mirando el retrato.

Bongrand tomó una mano de Úrsula y la besó.

—¿Sabe usted lo que ventá á hacer aquí la señora Minoret? dijo el juez de paz al cura cuando estuvieron solos en la calle.

—¿Qué? respondió el sacerdote mirando al juez con fingida curiosidad.

—Quería hacer una restitución.

—¿Lo cree usted así? repuso el cura Chaperon.

—No sólo lo creo, sino que tengo la seguridad. Mire usted.

El juez de paz mostró á Minoret, que seguía su misma dirección para volver á su casa.

—Obligado á tratar con criminales en las audiencias, he estudiado, como es natural, los efectos de los remordimientos; pero no he visto ninguno semejante á éste. ¿Quién ha podido

comunicar esa placidez y esa palidez á mejillas cuya piel, tersa como la de un tambor, reventaba á fuerza de salud y de sangre? ¿Quién ha puesto ojeroso á ese hombre, y quién ha amortiguado su vivacidad campestre? ¿Ha creído usted nunca que podría haber pliegues en esa frente, y que ese coloso pudiera tener nunca preocupaciones? Ese hombre siente, al fin, que tiene corazón. Querido cura, yo entiendo en remordimientos, como usted entiende en arrepentimientos: todos los que yo he observado hasta ahora, esperan su pena ó iban á sufrirla para empazarse con el mundo, y estaban resignados ó respiraban venganza; pero he aquí los remordimientos sin la expiación, los remordimientos puros y ávidos de la sangre de su presa.

—¿No sabe usted aún que la señorita Mirouet acaba de rehusar la mano de su hijo? dijo el juez de paz á Minoret, déteniéndole.

—Pero esté usted tranquilo, pues ha prometido impedir su duelo con el señor de Portenduere, añadió el cura.

—¡Ah! mi mujer ha salido airoso, dijo Minoret, y lo celebro de veras, porque yo no podía vivir.

—En efecto, está usted tan cambiado, que no parece el mismo, dijo el juez de paz.

Minoret miraba alternativamente á Bongrand y al cura para saber si éste había cometido alguna indiscreción; pero el abate Chaperon no se inmutó en lo más mínimo y mostró su rostro tranquilo y triste, que acabó por tranquilizar al culpable.

—Y eso es tanto más asombroso, cuanto que

usted no debía experimentar más que contento, siguió diciendo el juez de paz. Es usted dueño del palacio de Rouvre y ha unido á él los Bordieres con su quinta, sus molinos y sus praderas... Además, tiene usted cien mil francos de renta, contando lo que posee en papel del Estado.

—Yo no tengo nada en papel del Estado, dijo precipitadamente Minoret.

—¡Bah! dijo el juez de paz, pasará con esto como con el amor de su hijo por Úrsula, que tan pronto era cierto como no. ¡Después de haber intentado matar de pena á Úrsula, la quieren ustedes por nueras! Amigo mío, ese gallo que no canta algo tiene en la garganta.

Minoret quiso responder, buscó palabras y no pudo decir más que:

—¡Qué original es usted, señor juez de paz! Vaya, adiós, señores.

Y se encaminó con paso lento hacia la calle de los Burgueses.

—Ese hombre ha robado la fortuna de nuestra pobre Úrsula; pero ¿cómo buscar pruebas! Dios ha puesto en nosotros un sentimiento que habla ya en ese hombre, repuso el juez de paz. Pero á eso le llamamos nosotros *presunciones*, y la justicia humana exige algo más.

El cura Chaperon guardó un profundo silencio. Como ocurre en circunstancias análogas, el buen hombre pensaba con más frecuencia de lo que deseaba en la expoliación casi confesada por Minoret, y en la felicidad de Sabiniano, retardada evidentemente á causa de la poca fortuna de Úrsula, toda vez que la anciana declaraba

en secreto á su confesor que estaba arrepentida de no haber consentido en el casamiento de su hijo en vida del doctor Minoret. Al día siguiente, al bajar el abate Chaperon del altar, después de decir la misa, se le ocurrió un pensamiento, hizo señal á Úrsula de que le esperase y se fué á casa de ésta sin haber almorzado.

—Hija mía, le dijo el cura, quiero ver los dos tomos en que su padrino le asegura en sueños que tenía puestas sus inscripciones y sus ahorros.

Úrsula y el cura subieron á la biblioteca y tomaron de allí el tercer tomo de las *Pandectas*. Al abrirlo, el anciano observó, no sin asombro, la marca hecha por papeles en las hojas que, ofreciendo menor resistencia que la pasta, conservaban aún la huella de las inscripciones. Después, en el otro tomo, reconoció la especie de hueco producido por la larga permanencia de un paquete y las huellas de éste en medio de las dos páginas *in folio*.

—Suba usted, señor Bongrand, gritó la Bougival al juez de paz.

Bongrand llegó precisamente en el momento en que el cura se ponía las gafas para leer tres números escritos por mano del difunto Minoret en la parte interior de la cubierta, números que Úrsula acababa de descubrir.

—¿Qué significa esto? Nuestro querido doctor era demasiado bibliófilo para estropear los libros escribiendo en ellos, decía el abate Chaperon; he aquí tres números inscritos entre un primer número precedido de una *M*, y otro número precedido de una *U*.

—¿Qué dice usted? respondió Bongrand. Dé-

jeme usted ver eso. ¡Dios mío! exclamó el juez de paz, ¿no bastaría esto para abrirle los ojos á un ateo demostrándole la existencia de Dios? Yo creo que la justicia humana es el desarrollo de un pensamiento divino que se cierne sobre los mundos. ¡Oh! hija mía, usted será rica y feliz, yo se lo garantizo, añadió abrazando á Úrsula y besándola en la frente.

—¿Qué tiene usted? dijo el cura.

—Querido señor, dijo la Bougival, cogiendo al juez por su levita azul, déjeme usted abrazarle por lo que acaba de decir.

—Antes explíquese usted para no darnos una falsa alegría, dijo el cura.

—Si he de causar penas á alguien para llegar á ser rica, dijo Úrsula entreviendo la probabilidad de una causa criminal, yo...

—Piense usted en la alegría que va á causar á nuestro querido Sabiniano, dijo el juez de paz interrumpiendo á Úrsula.

—Pero ¿está usted loco? dijo el cura.

—No, cura querido, escuche usted. Las inscripciones del gran libro tienen tantas series como letras hay en el alfabeto, y cada número lleva la letra de su serie; pero las inscripciones de renta al portador no pueden tener letras, toda vez que no van á nombre de nadie. Así es que lo que usted ve prueba que el día en que el doctor colocó su capital en papel del Estado, tomó nota del número de su inscripción de quince mil francos de renta que lleva la letra *M* (Minoret), de los números sin letras de tres inscripciones al portador, y de la de Úrsula Mirouet, cuyo número es 23,534, y que sigue inmediatamente,